



*El lado  
equivocado  
del  
cielo*

*Eva M. Soler  
Idoia Arno*

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Primera edición, febrero 2019

© 2019 Eva M. Soler, Idoia Amo

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier me-

dio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

## Agradecimientos

# Capítulo 1

## Asheville, dos meses antes.

«Cuenta hacia atrás, Liv... cuenta hacia atrás».

Diez.

No debería haberse tomado esa copa. Ni la que vino después. Pero las tres últimas semanas se había aficionado a beber después del trabajo por culpa de su nueva compañera, Helenka. Aquella rusa de dos metros y melena rubia reluciente estaba llena de vida, y era difícil no dejarse arrastrar por su entusiasmo rutilante, pero existían dos puntos que Liv no había tenido en cuenta: uno, que ella estaba en el extremo opuesto a «llena de vida» y dos, que no aguantaba las copas como una rusa experta.

Nunca había sido amiga de la vida nocturna y aún no entendía cómo casaba eso con el trabajo que llevaba desempeñando desde hacía un año, croupier en el Gold City Casino de Asheville, ciudad donde vivía. No era lo que había imaginado, al menos duran-

te los años de universitaria donde exprimía su cerebro en las clases de periodismo, pero era lo que había. Durante mucho tiempo tuvo el trabajo perfecto, sí. Y un marido al que amaba. Hasta que todo se había evaporado y las fuerzas la abandonaron, siguiendo el mismo camino que su inspiración. La capacidad de crear reportajes, de hacer magia con letras, de emocionar a los lectores, de transportarlos a lugares con encanto... todo aquello reposaba en un cajón cerrado con llave en algún lugar de su corazón.

Pero por mucho que la pasión se esfumara, las facturas no desaparecían. El trabajo de crupier era perfecto, porque le permitía trabajar de noche y ocultarse de día. Bajar no suponía el menor problema, ya que se había criado en una familia adicta a los juegos de cartas, y hasta los días que se encontraba en estado zombi podía recitar las frases de rigor sin necesidad de que sus neuronas tuvieran que conectar entre ellas.

La banca pierde. La banca gana. ¿Cartas?

Nueve.

Por supuesto, todo lo que sabía de juego le resultó útil para conseguir el trabajo,

aunque después de contratarla, su jefe le confesó que la hubiera aceptado igualmente porque sentía debilidad por las mujeres pecosas de ojos azules.

El comentario era machista, pero hacía tiempo que Liv había perdido las ganas de pelear y lo dejó correr. Agarró su informe y la tarjeta de fichar, y soportó dos cursos para cazar todo tipo de trucos de los jugadores que pretendían robar. Conocía al dedillo todas y cada una de las cámaras del recinto, y en su mesa nadie podía esconder una ficha sin que ella se diera cuenta. Pero lo mejor de todo era que en ese trabajo no tenía que pensar en nada, podía dejar la mente en blanco y seguir siendo de las mejores del casino.

La banca pierde. La banca gana. Oh, mala suerte.

Cada noche salía cerca de las dos de la mañana y, cada noche, rechazaba invitaciones para ir de fiesta o tomar una copa tranquila. En el casino, no había separación de grupos en razón de sexo, raza ni edad, sino que todos formaban una especie de piña donde resultaba sencillo encajar si querías.

Liv no quería. Conducía hasta su aparta-

mento, donde se desvestía sin encender la luz y se deshacía la coleta que usaba para trabajar. Después de cepillarse los dientes, caía entre las sábanas vestida tan solo con la ropa interior. A veces, si tenía suerte, se quedaba dormida en pocos minutos. Otras, en cambio, se limitaba a contemplar el techo hasta que el tictac del reloj se escuchaba tan fuerte que lograba silenciar las voces de su cabeza.

Las noches se sucedían entre cartas, copas y charlas banales; los días eran una amalgama grisácea de dormir en el sofá con el zumbido de una televisión que no miraba.

Helenka apareció una noche sin más, y en personal le dieron un uniforme con una placa. Ocupaba la mesa más cercana a la de Liv y enseguida quedó claro que era un imán para atraer jugadores a su zona. Hablaba demasiado alto y no respetaba del todo el protocolo, pero hacía chistes sin parar y su acento tenía algo que enganchaba. Solo llevaba tres días cuando se acercó a Liv al terminar el turno y le preguntó si quería beber con ella.

«Dos camaradas tristes no tienen necesi-

dad de hablar».

Liv aceptó. No tenía ni idea de por qué aquella mujer había decidido catalogarla como «triste», pero con aquel comentario la convenció. Pronto se volvió costumbre, al principio una copa, después dos. Un local, dos, tres. Helenka tenía sus propios problemas también, y aunque a veces se los contaba, Liv no poseía la suficiente energía para concentrarse en ellos.

La banca gana, la banca pierde.

Ocho.

Esa noche, sin embargo, había salido sola. Su compañera de copas permanecía en la cama con gripe, o al menos esa era la información que había llegado al trabajo. La primera intención de Liv había sido irse a casa nada más terminar, pero una vez en el coche, la idea de llegar a un hogar oscuro para meterse en una cama vacía se le hizo insostenible. Además, las copas la ayudaban a dormir mejor y más rápido, mantenían los sentimientos a raya.

Sin embargo, esa noche no fue bien desde casi el principio, cuando el camarero se equivocó y le sirvió un vaso con Jägermeister en lugar del Martini que había pedi-

do. Y ella terminó de arreglarlo decidiendo bebérselo en lugar de pedir que se lo cambiaran. Total, el alcohol era alcohol, se llamara como se llamara, así que daba lo mismo una bebida que otra.

Llevaba tres copas y dos rechazos de amables desconocidos a pagarle la siguiente cuando escuchó cierto jolgorio en una de las mesas del local. Fijó su mirada en el espejo de la barra y constató que un hombre acababa de arrodillarse frente a una mujer con un anillo metido en una caja que le ofrecía. Una estampa romántica y no muy habitual en aquel tipo de locales que fue coreada por unos cuantos aplausos y vítores de los asiduos.

Liv sintió que algo se rompía dentro de ella y se pasó la mano por el bolsillo de la cazadora para tocar su teléfono móvil.

«¿Qué estás haciendo, Liv? Deja el teléfono. Recuerda lo que dijo la terapeuta».

Ella permaneció rígida, sin apartar los ojos del espejo y de la escena de amor que se desarrollaba a sus espaldas. Durante los últimos meses, había mantenido a raya el dolor, lo que fuera necesario para que todo el mundo dejara de preocuparse por ella y

prestarle atención. La peor era su hermana Maddy, quien no dejaba de darle un discurso tras otro sobre la necesidad de pasar página del todo y mirar hacia delante.

Qué bonita era la teoría. Qué fácil se veía todo desde una zona segura donde las cosas iban bien, donde nadie te abandonaba dejando un agujero difícil de cerrar. Maddy, con un marido que aún continuaba a su lado, le daba lecciones sobre cómo volver a ser feliz.

Siete.

La joven volvió a acariciar el móvil por encima de su ropa, luchando contra un deseo cada vez más fuerte de sacarlo. Era muy sencillo: bastaría con marcar el número y podría escuchar su voz, solo eso. No le parecía tan grave y, de hecho, lo había hecho con bastante frecuencia el primer año y medio sin Hayden hasta que Madeleine se había enterado y había puesto el grito en el cielo. La obligó a acudir a una terapeuta, y esta, a pesar de su amabilidad y comprensión, estuvo de acuerdo con su hermana.

—No marques ese teléfono, Liv. —Fue su recomendación—. No le dejes mensajes. Esto te hace más mal que bien.

Liv se esforzó. Quería hacer caso a las dos, seguir adelante y salir del pozo. Lo intentaba con todas sus fuerzas, pero no era tan sencillo como lo pintaban los demás.

Durante un tiempo, el interés por mejorar fue sincero. Luego, aquello empezó a volverse una especie de cuesta interminable que nunca conseguía coronar. Todos los días eran grises para ella, sin una sola mota de un azul leve que le diera algo de color. La terapeuta empezó a preocuparse de que estuviera a punto de caer en una depresión, pero Liv logró convencerla de que simplemente estaba triste. Por aquella época, ya había abandonado su trabajo como reportera especializada en viajes y el hecho de haberlo dejado no ayudaba a que su familia estuviera más tranquila. Liv no quería tenerlos todo el día encima dándole la lata, de manera que consiguió un trabajo de crupier para volver a tener ingresos y tranquilizar a sus padres, que ya se la imaginaban todo el día metida en la cama llorando.

No se veía demasiado con ellos ni con su hermana, pero cuando lo hacía terminaba agotada de fingir lo bien que se encontraba. Era mucho más sencillo hacer eso que expli-

carles la realidad: no tenía una depresión, pero estaba en una época en que le parecía ver pasar la vida como si estuviera sentada en un cine. No tenía la sensación de estar viéndola, solo de ser una mera espectadora, una jugadora en el banquillo que esperaba el momento de reincorporarse.

Seis.

Para evitar hacer aquella llamada y romper la mejoría de los últimos seis meses, pidió otras tres copas y bebió hasta que estuvo borracha de manera oficial. El camarero no quiso servirle la séptima porque, palabras textuales: «recordaba haber visto cómo aparcaba su coche».

La banca casi siempre ganaba, pero a veces perdía.

Liv se levantó del taburete y abandonó la barra para ir hasta su coche con calma. Al camarero no le faltaba razón, pese a la irritación que le causaba su negativa a seguir sirviéndole copas.

Bueno, no pensaba conducir de manera inmediata, claro, no estaba del todo loca. Subió al vehículo, abrió la ventanilla para que entrara el aire nocturno y se frotó la frente mientras ponía la radio. La petición de